

**Arnau Puig: «Subirachs. La escultura de las polaridades», *Batik*, diciembre de 1978, p. 21-22**

En la escultura clásica, lo presentado (forma) y la representación (espíritu) se entienden en una indisoluble. De ahí que, como señalara Hegel, asistamos en la escultura griega –y en todas aquellas escuelas que históricamente se sucedieron e imitaron su ejemplo- al cumplimiento de la unión entre el orden de la extensión y el orden de las ideas sobre la figura en que ello se realiza por excelencia: el cuerpo humano.

Subirachs, sin querer destruir esta unidad entre lo material y lo espiritual quiere, no obstante, hurgar en lo primero –en la materia- para verificar si de ella misma puede hacer surgir una forma que no sea ya manifestación de la materia en sí misma –sin dejar, por ello, de ser materia- y sí sea, en cambio, representación del espíritu, de la idea. Es decir, trata de modelar la materia hasta hacerla portadora del espíritu, no mediante un revestimiento simbólico sino haciendo que el espíritu se manifieste directamente por la materia; esto es, que no haya un elemento extenso y un elemento ideal, sino que de la misma extensión aparezca la idea. Parece que la geometría sería el cumplimiento de este propósito, por lo que no sería necesario, como creyó Hegel, recurrir al cuerpo humano.

Pero Subirachs no ignora que es difícil suprimir lo que una larguísima tradición ha consolidado en nuestros hábitos perceptivos, separando –y aún oponiendo-, por un lado, la geometría –manifestación de lo extenso o material, como espíritu – de lo que es forma corporal y, por otro lado, considerando a la forma corporal la unión por excelencia de la materia y del espíritu. En esta última consideración, la tradición clásica ha olvidado que se trataba de un prejuicio fundamentado en una dualidad de componentes que tenían que justificarse previamente: la existencia de la materia y del espíritu. La práctica parece que no hace tal distinción y que la idea, o espíritu, no es más que una determinada y concreta disposición de la materia. Es decir, lo que la geometría muestra cabalmente.

Por ello, la tarea de Subirachs, a partir de un determinado momento de su obra, ha consistido en poner de manifiesto, en un proceso regresivo e involutivo, la génesis u origen geométrico de toda forma corporal y, aún, de toda forma en general. Si las formas corporales son reductibles a esquemas geométricos, quedaría demostrado que toda expresión geométrica es la expresión por antonomasia. En la geometría residiría el espíritu por excelencia y, al mismo tiempo, la geometría es la materia por antonomasia, puesto que no puede haber geometría sin materia.

Lo contrario de lo apuntado también sería verdad: progresiva y evolutivamente cualquier forma siempre es geometría; esto es, un determinado planteamiento geométrico detenido en un determinado momento.

La obra de Subirachs es la constante ilustración de todo lo aquí expresado tan abstractamente y en términos filosóficos. Al mismo tiempo, Subirachs se ha planteado cuestiones similares recurriendo a otras polaridades

establecidas: lo positivo-negativo, la vida y la muerte, el dibujo y el diseño, lo clásico y lo barroco, la luz y la obscuridad, la tensión y el equilibrio, etc. En todas y cada una de sus obras de los últimos años hay planteada, de una manera o de otra, esa problemática de la unidad de contrarios, pero no una unidad estática, sino una unidad tensa, una unidad que exige siempre desarrollo, manifestación, historia, proceso.

Sólo armándonos de estos principios, y asumiéndolos, es posible acercarse debidamente a la reciente obra de Subirachs. Cualquier otra postura significaría jugar al escondite para descubrir sorpresas. (Galería Sacharoff, Barcelona.)